

EL PAÍS

ECONOMÍA

OPINIÓN

Capitalismo coronario

Hay que mejorar la información pública para que las personas puedan tomar decisiones políticas y de consumo mejor fundamentadas

KENNETH ROGOFF | 12 FEB 2012 - 13:07 CET

Archivado en: Consumo Economía Educación



Rafael Ricoy

Las fallas generalizadas y sistemáticas en el asunto de la regulación son los problemas evidentes de los que nadie quiere hablar cuando se trata de reformar el capitalismo occidental de hoy. Sí, se ha hablado mucho de la dañina dinámica política, regulatoria y financiera que provocó el ataque cardíaco de la economía global en 2008 (con lo que comenzó lo que Carmen Reinhart y yo llamamos la segunda gran contracción). Sin embargo, ¿se trata solo de un problema de la industria financiera o es un ejemplo de una deficiencia más profunda del capitalismo occidental?

Pensemos en la industria de los alimentos, y en particular en la mala influencia que a veces tiene en la nutrición y en la salud. Las tasas de obesidad se están disparando en todo el mundo, aunque entre los países más grandes tal vez el problema es más grave en EEUU. Según los centros para el control y prevención de enfermedades de EEUU, aproximadamente una tercera parte de los adultos de ese país son obesos (indicado por el índice de masa corporal superior a 30). Lo que es todavía más sorprendente es que uno de cada seis niños y adolescentes es obeso, un porcentaje que se ha triplicado desde 1980. [Para su información, mi esposa produce un programa

de televisión y de Internet llamado kickinkitchen.tv que tiene como objetivo luchar contra la obesidad infantil.]

Por supuesto, los problemas de la industria de los alimentos los han puesto de relieve enérgicamente expertos en nutrición y salud, incluidos Michael Pollin y David Katz, e indudablemente también lo han hecho muchos economistas. Además, hay muchos otros ejemplos en una amplia variedad de productos y servicios en donde se podrían encontrar cuestiones similares. Sin embargo, quiero centrarme en la relación que hay entre la industria alimentaria y los problemas más graves del capitalismo contemporáneo (que sin duda ha facilitado el auge de la obesidad en todo el mundo) y la razón por la que el sistema político estadounidense le ha dedicado muy poca atención al asunto (aunque la primera dama, Michelle Obama, ha hecho importantes esfuerzos para crear conciencia sobre el problema).

La obesidad afecta a la esperanza de vida de muchas maneras, que van desde las enfermedades cardiovasculares hasta algunos tipos de cáncer. Además, la obesidad —ciertamente la mórbida— puede afectar a la calidad de vida. Los costes no solo los asume el individuo, sino también la sociedad —directamente, a través del sistema sanitario, e indirectamente, mediante la pérdida de productividad, por ejemplo, y mayores costes de transporte (más combustible de avión, asientos más amplios, etcétera).

Sin embargo, la epidemia de obesidad no interrumpe en absoluto el crecimiento. Los alimentos altamente procesados a base de maíz, que llevan numerosos aditivos químicos, son bien conocidos por ser

**Necesitamos
instituciones**

un importante motor del aumento de peso, pero desde una perspectiva convencional de contabilidad del crecimiento son excelentes. Las grandes empresas agrícolas reciben dinero por producir maíz (a menudo subsidiado por el Gobierno), y los procesadores de alimentos reciben dinero por añadir toneladas de químicos para crear un producto adictivo —y por tanto, irresistible—. Al mismo tiempo, los científicos reciben dinero por encontrar la mezcla exacta de sal, azúcar y químicos para hacer altamente adictiva la comida instantánea más nueva; los anunciantes reciben dinero por promoverla; y al final, la industria de la salud gana fortunas al tratar la enfermedad que inevitablemente se produce.

nuevas y mucho mejores para proteger los intereses a largo plazo de la sociedad

El capitalismo coronario es fantástico para el mercado bursátil, que incluye compañías en todas estas industrias. Los alimentos altamente procesados también son buenos para la creación de empleos, incluidos los de alto nivel en las áreas de la investigación, la publicidad y los servicios sanitarios.

Entonces, ¿quién podría quejarse? Desde luego, no los políticos, que son reelegidos cuando abundan los empleos y los precios de las acciones suben —y obtienen donaciones de todas las industrias que participan en la producción de alimentos procesados. En efecto, en EEUU, los políticos que osaran hablar de las implicaciones de los alimentos procesados para la salud, el medio ambiente o la sostenibilidad se quedarían en numerosas ocasiones sin financiamiento para sus campañas.

Cierto: las fuerzas del mercado han alentado la innovación, que continuamente ha reducido los precios de los alimentos procesados, mientras que los precios de las frutas y verduras que todos conocemos han subido. Es un punto razonable, pero pasa por alto el enorme fracaso del mercado.

Los consumidores reciben muy poca información en las escuelas, bibliotecas o campañas de salud; en cambio, los mensajes publicitarios los inundan con información errónea. Las circunstancias de los niños son especialmente alarmantes. Dado que en la mayor parte de los países hay pocos recursos para tener una televisión pública de alta calidad, los niños quedan cooptados por los canales que pagan los anunciantes, incluidos los de la industria de alimentos.

Más allá de la desinformación, los productores tienen pocos incentivos para confrontar los costes del daño ambiental que provocan. Igualmente, los consumidores no tienen muchos motivos para asumir los costes de salud relacionados con la elección de sus alimentos.

Sería suficientemente grave que nuestros únicos problemas fueran los ataques al corazón que provoca la industria de los alimentos y el fenómeno económico equivalente que facilita la industria financiera. Sin embargo, la dinámica patológica del marco regulatorio, político y económico que caracteriza a estas industrias es mucho más dañina. Necesitamos desarrollar instituciones nuevas y mucho mejores para proteger los intereses de largo plazo de la sociedad.

Por supuesto, el equilibrio entre la soberanía de los consumidores y el paternalismo siempre es un asunto delicado. No obstante, bien podríamos empezar a crear un equilibrio más sano que el que tenemos ahora mediante información pública más efectiva a través de una amplia gama de plataformas para que las personas puedan empezar a tomar decisiones de consumo y políticas mejor fundamentadas.

Kenneth Rogoff, profesor de Economía y Políticas Públicas de la Universidad de Harvard, fue economista en jefe del FMI.

(c) Project Syndicate, 2012. Traducción de Kena Nequiz.